

MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO

“Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para no caer en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí”.

¿De dónde provienes mi Señor? ¿Dónde está ese reino que dices que es como un sembrador cuyos granos caen en tierra fértil y dan fruto multiplicándose, como aquel trigo que crece entre la cizaña, como aquellos frutos que crecen mientras el hombre descansa, como un insignificante grano de mostaza, como milagrosa levadura que le da consistencia al pan, incluso dices que se parece a un tesoro escondido en el campo o a una perla preciosa cuyo mercader vende todo lo que tiene para poseerla?

Tu reino Señor no es de un mundo donde domina la fuerza, el poder y la violencia.

Tu reino no es de un mundo desenfrenado socialmente.

Tu reino no es de un mundo repleto de vicios y placeres.

Tu reino no es vanidoso, egoísta ni mentiroso.

Tu reino, Señor, viene implantado por la bondad, la humildad y la entrega.

Tu reino viene sembrado por la semilla de la Palabra de Dios que cayendo en tierra fértil, da su fruto multiplicándose. Viene germinando entre mala hierba con amor, paciencia y esperanza, viene de manera gratuita y sencilla. Viene incluso reflejado humilde y pequeño como un grano de mostaza o levadura que con el tiempo crece y destaca por su grandiosidad. Esforcémonos por pertenecer a la tierra donde se oculta ese tesoro escondido de gran valor, vendamos nuestras pertenencias para poseer esa fina perla.

¡Qué sencillo es tu reino, Señor, y qué difícil lo queremos ver nosotros!

“¿Entonces eres Rey?”

“Tú lo dices: soy rey. Yo para eso he nacido y he venido a este mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”

“Y, ¿qué es la verdad?”

Ni la ciencia más experimentada, ni la filosofía más argumentada han podido encontrar el verdadero sentido de la verdad, ni yo me voy a dedicar a desarrollar un discurso teológico-filosófico que nos “aclare” lo que significa en sí.

Lo único cierto es que la única manera de llegar a la verdad es llevando una vida fundamentada en los valores socio-éticos cuya única realidad sea vivida bajo la humildad, la entrega, el respeto, la sinceridad, etc.

Él es la única definición de la verdad. Él es la única existencia.

“Ego sum via, veritas et vita”

“Yo soy: el camino...” busquémoslo, encontrémoslo y que nada nos impida seguirlo,

“Yo soy la verdad...” la que nos hará libres del pecado por su entrega en la Cruz y por su muerte, perdonados.

“Y Yo soy la vida” la que se nos ha sido dada, para alcanzar la eternidad junto a Él.

“No encuentro en Él ninguna culpa, pero según vuestra voluntad: Que lo azoten”.

En el interior de la Carmona histórica, en el centro de la cultura más profunda, en un templo cuyo pasado fue Capilla del Colegio Salesiano, Parroquia y finalmente Iglesia Filial del Apóstol Santiago, queda instalada e inmortalizada una de las más impresionantes escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Quedan muy bien los cultos, quedan muy bien los adornos en el altar, queda muy bonito y solemne un “besapie” a ésta sagrada imagen titular, pero lo que abría que cuestionarse es si realmente en nuestro interior hay algo que nos empuje a rendirle culto y devoción. Si realmente venimos a adorar a Cristo o venimos simplemente a seguir una tradición.

Hagamos un alto en el camino y contemplemos lo que realmente Él nos quiere decir.

¿Por qué sigues manteniéndonos la mirada firme, Señor, mientras seguimos azotándote?
¿Por qué sigues expandiendo ese aliento de vida mientras sigues padeciendo? ¿Por qué toda esa Sangre derramada es puro amor concedido a unos inmerecedores de tan gran preciado tesoro?

¿Quién es? ¿No escucháis a alguien que os habla en vuestro interior? Yo sí, lo oigo, y me invita a que vosotros lo oigáis también fijando vuestros ojos en la humilde talla de Nuestro Padre Jesús atado a la columna, que os haga llegar lo que quiere deciros y que a su vez, lo llevéis a vuestro corazón.

Fijaos, queridos míos, aquí me tenéis atado a esta columna de sufrimiento, sin ninguna razón, sin ningún motivo. Acaban de despojarme de mis vestiduras, me han dejado sin nada, desamparado, tan sólo oigo el griterío de la muchedumbre. Me han atado las manos junto a una columna, pero aún así, continúo sin decir palabra al respecto. Un ligero escalofrío recorre cada centímetro de mi espalda, tiemblo ante la circunstancia y la ignorancia de lo que puede estar pasando. Oigo como el sonido de cadenas arrastrándose por el suelo que se acercan cada vez más. Veo como ese verdugo prepara unas bolas de hierro con puntas pronunciadas, a la vez que estira unos látigos cuyo desagradable sonido me hacen sobresaltar. Son esos mismos hombres, los que antes de atarme a esta columna me han arrastrado, abofeteado y humillado.

Eso es, lo que nos dice el Señor en esta manifestación.

Mirad cómo azotan a este buen hombre. Oíd en vuestro interior los gemidos de dolor. Se está retorciendo y cayendo al suelo eleva su mirada hacia nosotros, pero aún así sigue tirando de sus fuerzas y consigue ponerse de pie, y vuelve la mirada hacia la esquina de la plaza donde ve a su madre María Santísima de la Paciencia cae desmallada en los brazos de las Santas mujeres. En estos momentos, estamos siendo testigos de esta, terrible escena de dolor. Y aún así, seguimos oyendo a la muchedumbre gritar ¡Qué muera! ¡Crucifícalo!. Sus quejidos resuenan como una oración silenciada en medio de esa plaza. Sus fuerzas eran cada vez más débiles y sus gemidos más apagados.

Padre nuestro, perdónanos por todos y cada uno de los latigazos que te seguimos dando en el día a día. Aún conscientes de todo lo que estás padeciendo nosotros continuamos con esa tremenda retahíla.

Azotamos ofendiendo a nuestros seres queridos, buscando la más mínima excusa para desencadenar un problema.

Azotamos pensando en nosotros antes que en aquél que lleva tiempo sin probar algo de comida.

Azotamos desarrollando el orgullo, la falsedad, la hipocresía antes que fomentar la humildad, la unidad y el amor entre nosotros.

Azotamos culpabilizando políticamente sin darnos cuenta que nuestra patria se está desbordando poco a poco delante de nuestras narices.

Azotamos derrochando sin considerar a aquellos que un simple vaso de agua clara les da la felicidad.

Azotamos en la necedad de no caer en cuánta sangre derramada en guerras y conflictos.

Y aún así, somos incapaces de acercarnos ante ti, e intentar calmar tus heridas poniendo un poco de amor en cada minuto que completan las horas de los días que forman meses desfilando por años que pasan en nuestra vida.

Y ya sin fuerzas, aún atado a esa columna de dolor, te sigues acordando de los niños que sonrían a tu alrededor aún no teniendo una familia que les dé calor, de los enfermos que te suplican su curación, de los pecadores que piden el perdón, de las personas preocupadas que buscan en Ti su principal apoyo, de los jóvenes que deambulan por este mundo perdidos buscándole a sus vidas algún sentido, de aquellos que cada día esperan en una larga cola a que les avisen para poder trabajar y vivir algo mejor, de todos nosotros cada uno con sus defectos y sus virtudes pero todos unidos en esta Hermandad que trabaja por el amor, viviendo el ejemplo que antaño se nos inculcó por la experiencia y el trabajo de nuestros antecesores los cuales trabajaron por conservar nuestro patrimonio espiritual algo mejor.

Permítanme que nos acordemos hoy especialmente de un ángel que al cielo subió, que entregó su vida con trabajo y de corazón, por la unidad de esta hermandad. Un ángel

que sigue vivo entre nosotros, un ángel que nos ha regalado a una familia cuya herencia más preciada es la Fe. Gracias a ese ángel, al que todos conocemos por Juan, hoy por hoy trabaja iluminando a su hija, nuestra hermana Mayor, guiándola para que pueda cargar con el peso de la Cruz de esta hermandad, y que junto a sus hijos sigue limpiando enseres y preparando la estación de penitencia junto a nosotros un año más. Pero no todo termina ahí, otro ángel de amor subió junto a él años más tarde, y que ha querido que hoy por hoy siga sus pasos junto a todos aquellos que compartieron su vida junto a él, el ángel Francisco, mi padre, al que sigo agradeciendo en el día a día cuanto bien sigue haciendo por Mi familia y por mí.

*Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.*

*Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.*

*No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.*

(...)

*Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.*

*No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.*

*Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.*

*Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.*

(Salmo 26, II)

Vuelva a nosotros tu rostro Señor, ya que somos pequeñas gotas en un infinito mar, no nos escondas tu rostro. Que tu mirada serena apacigüe las tempestades que nos rodean, que tu aliento divino realce nuestro espíritu como aurora matutina que levanta la mañana con la suave brisa del amanecer. Que tus oídos oigan las súplicas que te dirigimos en nuestro día a día. No nos escondas tu rostro, Señor. Déjanos aliviar esas

cruelles heridas que cubren tu cara, ocultando la divina y preciosa pureza e inocencia que corre por tus venas.

Modélanos en tus manos de alfarero, esas manos heridas pero a la vez llenas de amor y de entrega, acaricia nuestras vidas haciéndonlas, no sencillas, sino un poco más llevaderas. Y camina, camina Señor y llévanos de la mano por el sendero justo, no nos pierdas por los caminos oscuros y si alguno perdido queda, sal en su auxilio.

“Aquí tenéis a vuestro Rey”

Y terminada la flagelación, ahí queda expuesto, como una simple pieza de museo a esperas de que sea valorada por el público opinante.

He ahí, el Rey de reyes, despojado, arrastrado, humillado, apaleado, martirizado,...

Mis sentidos se giran hacia una triste figura martirizada. Pongo Señor mis ojos en tu expresión, mis manos en tus llagas. Haz de mí Señor un instrumento de tu voluntad. Haznos renacer a la vida nueva. Libranos de las injusticias que nos corroen.

Ahora sí, Señor, ahora sí.

Ahora sí espero con ansia el día en que serás paseado por las calles de esta Carmona nuestra, ahora sí disfrutaré porque todo el trabajo de todo un año será una realidad, y la vez, ahora sí creo que más de un cristiano le dará sentido a esta estación de penitencia. Ahora sí, sabemos lo que realmente hiciste por nosotros. Gracias por hacer de mí un simple intermediador entre todos mis hermanos y tú persona.

Ahora sí, madre divina de la Paciencia, perla suprema de cuán valor poseída, rosa escogida sin espinas singular, cálida luz matutina sin pecado ni mancha concebida, librada de la culpa original.

Derrama tus bendiciones sobre ésta, tu querida hermandad, que día tras día trabaja para poder garantizar la unidad y la igualdad con sus cimientos firmes de humildad.

Protege esta tierra bendita tuya, María, y libranos del todo mal. Esparce tu velo, santo, sobre todos los enfermos y en especial los de esta hermandad, los que más cercanos a nosotros están y dales paciencia, protección mucho ánimo y fuerzas, y, como no, a los que de ellos cuidan sostenlos arriba y que nunca se dejen derrumbar.

Deja que tantos hermanos que ya en esta tierra no están, cerca los sintamos nosotros porque en nuestro corazón siempre permanecerán.

Acuérdate de todos aquellos que ya no ejercen su vida laboral, e ilumina a los gobernantes, para que un día a su puesto de trabajo vuelvan con alegría y su tarea desarrollar, ilumínalos a ellos que a veces por grandes aprietos tienen que pasar, y que esas largas colas de paro, desaparezcan ya.

Y ahora sí, Madre, acuérdate de todos nosotros en general, de tus costaleros y penitentes cada uno con su necesidad, de esta Junta Gobierno y de su querida Hermana Mayor,

para fomenten entre nosotros un espíritu centrado en el amor, la entrega y la humildad, que cada día que pase sea un día de orgullo para en un futuro poder contar, que en la Hermandad de la Columna, nunca falta la unidad, que la principal virtud sea la caridad, la caridad entre hermanos de una misma comunidad. En tus manos lo pongo, querida madre de la Paciencia.

*Danos tus ojos, Madre,
para saber mirar
si miramos con tus ojos, jamás podremos pecar.
Danos tus labios, Madre,
para poder rezar,
si rezamos con tus labios... Jesús nos escuchará.
Danos tu lengua, Madre,
para ir a comulgar,
es tu lengua patena de gracia y santidad.
Danos tus manos, Madre,
que queremos trabajar,
entonces nuestro trabajo, valdrá una eternidad.
Danos tu manto, Madre,
que cubra nuestra maldad,
cubierta con tu manto al cielo hemos de llegar.
Danos tu cielo, oh Madre,
para poder gozar,
si tú nos das el cielo, ¿qué más podemos anhelar?
Danos a Jesús, oh Madre,
para poder amar,
ésta será nuestra dicha por una eternidad.
Amén.*

José Ricardo García Román

24 de marzo de 2012